

30 DÍAS DE NOCHE

RUMORES DE LOS NO MUERTOS

STEVE NILES Y JEFF MARIOTTE

timunmas

Título original:
Rumors of the Undead

Primera edición: marzo de 2011

Historia © Steve Niles, 2006
Ilustraciones © Ben Templesmith, 2006
© Idea + Design Woks, LLC, 2006
© Traducción de Diana Falcón Zas, 2011

Publicado de acuerdo con la editorial original Pocket Books,
una división editorial de Simon & Schuster, Inc.

© Scyla Editores, S. A., 2011
Avda. Diagonal, 662-664, 7.^a planta. 08034 Barcelona

www.scyla.com

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-480-4029-1
Depósito legal: B. 6.298-2011
Fotocomposición: Abogal, S. C. P.
Impresión: Egedsa

Impreso en España
Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

NOTA DEL AUTOR

En la mitología de «30 días de noche», *Rumores de los no muertos* tiene lugar después de los acontecimientos de la novela gráfica *Agente Norris, MIA* (que a su vez tiene lugar a continuación de los acontecimientos de la novela gráfica *Días oscuros*), publicada originalmente en *30 Days of Night Annual #1* (agosto, 2003). Sin embargo, cabe indicar que uno no tiene por qué estar íntimamente familiarizado con dicha historia para disfrutar de esta obra.

Fragmento de *30 días de noche*, de Stella Olemaun

No puedo decir con total exactitud cuándo comenzó todo, cuándo mi vida cambió para siempre.

Tal vez fue apenas un día antes de que el sol se pusiera en Barrow, Alaska, al comienzo de la noche invernal.

Mi marido, Eben Olemaun, y yo éramos el sheriff y la ayudante del sheriff en Barrow, esa remota y pequeña ciudad del extremo norte de Alaska, cuya población era de cuatrocientas sesenta y dos personas después de que la mayoría de la gente se marchara a pasar el invierno en otra parte. Eben era nativo de Alaska, un inuit de pura sangre. Amaba Barrow con un afecto que yo nunca pude sentir del todo, pero él me ayudó a aprender. Me mudé aquí cuando abandoné el colegio y mi hogar de Michigan.

Estaba evitando tener que enfrentarme con mis padres. Eben estaba evitando crecer. Nos enamoramos en el mismo instante de conocernos.

Él ya era ayudante del sheriff, y se las arregló para meterme también a mí en el juego de la aplicación de la ley. Al principio pensé que lo hacía por egoísmo y porque no quería estar lejos de mí, pero cuando vio que podía apañármelas bien, la cosa funcionó y acabamos por convertirnos en la primera pareja marido/mujer sheriff y ayudante del estado de Alaska.

Lo creáis o no, habría podido ser una vida de ensueño en muchos sentidos. Ahora vuelvo la vista atrás y miro las cosas de las que me quejaba: el frío —siempre había pensado que los inviernos de Michigan podían ser brutales—, los períodos extremos de luz solar y oscuridad, la gente de la localidad, incluso lo reacio que era Eben a tener un hijo...

Pero, claro está, en algún lugar muy alejado de nosotros daba la impresión de que el mundo rodaba a toda velocidad hacia el infierno... Lo sucedido dos meses antes, al otro lado del país, de donde aún estaban

retirándose los restos de dos rascacielos que formaban parte de la escena del crimen más grande de la faz de la tierra, las bombas que estaban cayendo a modo de venganza a medio mundo de distancia, la gente de la localidad, muy nerviosa, diciendo que los responsables podrían llegar en cualquier momento a través de la tundra para joder el oleoducto: «Espera y verás...»

Ahora veo todo eso de un modo muy diferente, y daría cualquier cosa por revivir los tiempos anteriores al momento en que nuestro pequeño mundo se desmoronó en torno a nosotros.

Antes de que la oscuridad llegara con forma humana. Antes de que viera morir a la mayoría de las personas que conocía, asesinadas ante mis ojos.

Empezamos a recibir las llamadas el día antes de que el sol se ocultara para no volver a salir en los siguientes treinta días... y la puesta de un sol que no reaparecería hasta algún momento de mediados de diciembre.

Parecía ser una fastidiosa pero inofensiva serie de llamadas por vandalismo y robo. Al principio, la gente comenzó a llamar a nuestra comisaría para denunciar la desaparición de teléfonos móviles y por satélite. Al comienzo no parecía nada raro, pero fue el primer indicio que tuvimos de que algo no iba bien en Barrow.

Luego fueron los ordenadores de los ciudadanos los que desaparecieron y, en algunos casos, aparecieron destrozados. Se cortaron las líneas telefónicas. Por último, comenzaron a llegar abundantes denuncias de motos para nieve y otros vehículos todoterreno saboteados.

Daba la impresión de que estábamos siendo atacados, no por terroristas, sino por bromistas, chicos, tal vez drogadictos. Fue tan repentino y extraño, que ni Eben ni yo encontrábamos ningún sentido a todo aquello. Pero entonces me di cuenta. Todas las señales se hallaban a la vista:

Nos estaban aislando de manera sistemática del mundo exterior.

Según resultó, los robos estaban (en su mayoría) siendo perpetrados por un desconocido a quien Eben y yo arrestamos en Sam's Place, el bar-restaurante de la ciudad.

El desconocido, del tipo motorista desgredado y que olía a cadáver podrido, fue el primer indicio que tuvimos de a qué nos enfrentábamos, la primera mirada al interior de un mundo que desearía que nunca hubiéramos

mos tenido que observar. Este hombre misterioso había estado montando un escándalo en Sam's Place, y Eben se acercó para hablar con él.

Daba la impresión de que iba a ser como cualquier otro arresto. Estábamos bastante acostumbrados a los desvaríos y gritos de los borrachos y drogadictos. El alcohol había sido prohibido en Barrow ese invierno (y varios otros antes) a causa del alarmante índice de suicidios provocados por las semanas de oscuridad. Lo único que lograba esa prohibición era hacer que la gente fuera a buscar la bebida y las drogas fuera de la ciudad. Como si el frío no entumeciera ya bastante... Además, nunca sabías quién iba a intentar darse un último capricho; quizá alguien que trabajaba en el oleoducto y había decidido aventurarse a pillar la última botella del mes.

En cualquier caso, Eben lo pondría en su lugar. A fin de cuentas, ése era el estilo de mi marido: te convencía con su encanto, y luego, si eso no funcionaba, te tumbaba de un puñetazo.

Evidentemente, el tipo cuyo nombre jamás supimos había estado chillando obscenidades y molestando a todo el mundo. Incluso insistía en que le sirvieran la hamburguesa del todo cruda, chorreando sangre y sin que hubiera tocado la plancha. Eso sí, estaba borracho y colocado. Ésos son los peores.

Tras un acalorado intercambio de palabras entre Eben y el desconocido, ayudé a mi marido a meter al tipo en el calabozo. Prestar el juramento de que uno va a hacer respetar la ley suele significar que no pueden evitarse las confrontaciones con ese tipo de personajes, pero os aseguro que éste me provocó escalofríos.

El desconocido, aquel hombre horrible, parecía estar algo más que mentalmente confundido cuando se sentó dentro de la celda de retención al llegar a la comisaría.

Admitió abiertamente los robos de móviles y objetos personales de la gente del pueblo («¡Fantástico! —había declarado Eben—. Caso abierto y cerrado, entonces. Gracias por no haber hecho caso de eso de "puede y será utilizado en contra suya" que le mencioné antes»)... e insinuó la existencia de un grandioso plan por parte de persona o personas desconocidas.

Eben y yo hicimos todo lo posible por no hacerle caso.

Él siguió hablando y hablando, advirtiéndonos sobre la amenaza que

se avecinaba y que no quería nombrar, y luego comenzó a referirse a sí mismo como «localizador».

Yo pensaba: «¿Localizador? ¿Para qué? ¿Para el rodaje de una película?»

Al fin, Eben y yo nos hartamos. Él y el desconocido se gritaron el uno al otro a través de los barrotes de la celda.

Se fue la luz. Joder, eso sí que fue escalofriante.

Entonces, el localizador se echó a reír, y nos advirtió que había llegado el momento de algo... algo ante lo que estaríamos indefensos.

Mientras nos amenazaba y la luz continuaba sin volver, lo único en lo que yo podía pensar era en lo que ya había comenzado a temer: estaban aislándonos del mundo exterior. Todas nuestras líneas de comunicación y desplazamiento estaban siendo cortadas una a una; primero los teléfonos móviles y vía satélite, luego las motos y tractores para nieve... y por último la electricidad.

Gus Lambert, un tipo simpático pero reservado que no iba muy a menudo a la ciudad, estaba a cargo de la central eléctrica de Barrow, que se encontraba en la cresta de una colina situada justo al sur del pueblo. Si había problemas con la luz, era el tipo con el que había que hablar.

Cuando Eben y yo hablamos del asunto, fue como echar gasolina al fuego. El localizador se descontroló por completo.

—Ahora os estáis dando cuenta. ¡Mirad qué pasa con Gus! ¡Ventanas tapiadas con tablones! ¡Sacos de arena contra las puertas! ¡Lo intentaréis todo! ¡Pero uno a uno ellos os pillarán y limpiarán de carne vuestros huesos!

El localizador parecía estar más nervioso a cada momento que pasaba; chillaba, se tiraba del pelo grasiento, iba de un lado a otro por la celda. Pero fue una de las últimas cosas que dijo lo que me perseguirá para siempre, el primer indicio de eso con lo que pronto íbamos a enfrentarnos.

—Va a ser hermoso. ¡Y entonces podré estar con ellos!

Ellos.

¡Una palabra tan sencilla, tan inocua y que, sin embargo, tenía tan enorme peso!

¿A quién diablos se refería?

Yo tenía ganas de catalogarlo como pirado, ya que en el norte tenemos un montón de ellos, pero los locos no ejecutan planes tan elaborados... ¿o sí?

¿Qué estaba sucediendo en mi ciudad?

Dado que se había ido la luz y los ciudadanos de Barrow estaban salien-

do a la calle y preguntándose qué sucedía, Eben y yo decidimos, en aquel mismo momento, ir en coche hasta la central eléctrica... pero no antes de que el localizador decidiera ofrecernos otra imprevista actuación.

Ante nuestros propios ojos, aferró los barrotes de acero reforzado de la celda y los separó con las manos desnudas como si fueran de goma.

Metió la cara de maníaco por el espacio que iba ensanchándose, al tiempo que decía con voz sibilante:

—Estáis JODIDOS.

Por completo horrorizada, reculé con paso tambaleante mientras manoteaba en busca de mi revólver reglamentario y me preguntaba cuánto polvo de ángel sería necesario ingerir para doblar barrotes de calabozo.

El hombre comenzó a pasar trabajosamente a través de la abertura que había hecho. Eben se mantuvo firme en el camino del localizador al tiempo que sacaba su arma.

Le dio un aviso al tipo, quien, por supuesto, lo desoyó, y entonces disparó contra la cabeza del desconocido.

Para mi más absoluta conmoción, el hombre no cayó de inmediato, sino que dio dos pasos más, para luego desplomarse en el suelo, donde se retorció y pareció arañar el linóleo.

Me acerqué a él y vi el orificio que tenía en la parte posterior de la cabeza, con el pegajoso tejido cerebral que había salido con la explosión y estaba adherido a los bordes irregulares.

Y el tipo seguía moviéndose.

Eben bajó la mirada, conmocionado.

—¿Está muerto?

Sin pensar siquiera en lo que hacía, le vacié el cargador al desconocido hasta que su cabeza prácticamente hubo desaparecido.

—Ahora sí.

Nunca había hecho nada semejante en toda mi vida... y, sin embargo, no sentí el más mínimo remordimiento; sabía que había matado... un monstruo, algo antinatural.

Mientras le disparaba las últimas balas a la cabeza, haciendo una pulpa de carne y hueso triturados, el desconocido aún se las arregló para pillarme por un tobillo.

Pero ahora, al recordararlo, pienso que yo también debía hallarme en estado de conmoción. Incluso en esas condiciones sabía que todo aquello

era imposible. Tenía el estómago cada vez más revuelto, como sólo sucede por efecto del miedo...

Pero no hizo más que empeorar cuando Eben y yo fuimos a la central eléctrica y encontramos a Gus Lambert.

La central estaba destruida.

La cabeza decapitada de Gus —con la mirada desorbitada permanentemente fija en una expresión de confusión y horror, y la boca abierta como si protestara silenciosamente ante la situación— había sido clavada en el extremo de una pica con toda la nieve de alrededor salpicada de sangre, como un retorcido mensaje que nos advertía de nuestra condena inminente.

La destrucción de la central eléctrica era absoluta. Las antenas de satélite hechas pedazos, el cableado arrancado y quemado, los generadores convertidos en masas de hierro, destrozados a golpes. Las reparaciones requerirían meses. Pero nada podría reparar a Gus.

El resto de su cuerpo estaba descuartizado, con los trozos dispersos por la nieve.

Mi estómago revuelto acabó por estallar hacia la garganta y me hizo caer de rodillas. En el curso de unas pocas horas, mi vida en Barrow con Eben estaba siendo puesta patas arriba.

Eben y yo volvimos con el coche hacia la ciudad, desquiciados, preguntándonos qué cojones pasaba. Durante el tiempo que yo llevaba como ayudante del sheriff, en Barrow había habido sólo tres muertes violentas, posibles homicidios.

Gus y el desconocido de la celda eran dos de ellos.

Eben se puso a especular abiertamente: ¿Algún tipo de banda? ¿Presos fugados? ¿Terroristas que intentaban cargarse el oleoducto?

Ninguno de los dos tenía manera de mitigar el terrible miedo que crecía en nuestro interior, un miedo que no tenía nombre, ni razón.

—¡Eben, para! —chillé, cuando girábamos en la ladera más meridional de Barrow.

Había visto movimiento entre los árboles, algo que estaba más allá de los helados senderos entre árboles y colinas congeladas.

Siluetas.

Eben detuvo el vehículo.

Hacia ya mucho que se había ocultado el sol; los cielos que cubrían Alaska y toda la cima del mundo se habían vuelto oscuros. En un momento anterior del día, antes del caos, Eben y yo habíamos dedicado un rato a sentarnos en lo alto de una de las colinas para ver cómo la gran bola amarilla desaparecía para no regresar en algo más de treinta días. Nos dijimos, como hacíamos a menudo, cuánto nos amábamos el uno al otro.

Aquel momento me dará fuerzas durante años, si no durante el resto de mi existencia.

Pero en aquel preciso instante no había luz que pudiera reconfortarnos, no la habría en mucho tiempo.

Salimos del vehículo, y Eben miró con sus muy usados binoculares de visión nocturna hacia donde le señalaba.

Yo miré hacia la oscuridad con los ojos desnudos. Había siluetas pequeñas moviéndose en la distancia.

Cuando Eben se apartó los binoculares de los ojos, por su expresión comprendí qué había visto.

Y por alguna razón, una frase de *Macbeth*, la obra teatral que había estudiado en el colegio, surgió de un salto, clara como el cristal:

«Los pulgares me hormiguean. Algo malvado se acerca.»

Eben no me miró siquiera.

—Entra en el coche —dijo—. Tenemos que avisar a los demás.

El sol matinal, difuminado por la niebla marrón amarillento que ceñía la depresión de Los Ángeles como un sombrero tóxico y sofocaba con lentitud a los ciudadanos hasta matarlos, eliminó la única ventaja con que contaba el motel Slumber: luces de neón tan viejas que parecían retro. Era uno de esos tugurios que los turistas a veces escogían en Internet por accidente. Por lo general, se daban cuenta del error de su elección antes de registrarse y se marchaban a una de las cadenas nacionales. Si no lo hacían, entonces la canción de cuna de su primera noche era la de traficantes y rameras ofreciendo su mercancía, gente con carritos de supermercado que recogían botellas de los cubos de basura cercanos a las máquinas expendedoras, pastilleros pidiendo a los huéspedes cigarrillos o monedas sueltas. Los polis pasaban por allí de vez en cuando, pero preferían mantenerse a distancia en la medida de lo posible. Incluso las finas palmeras habían dejado caer las hojas, y se erguían desnudas, amarillentas y enfermas, como si prefirieran morir antes que vivir demasiado cerca de aquel edificio que parecía una caja desteñida y miserable.

Andy Gray sabía que el delito era habitual en un sitio como ése. Lo único que resultaba inusitado era la presencia del precinto amarillo que delimitaba la escena del crimen pasando en torno a los troncos de las delgadas palmeras, con los extremos atados a la balaustrada de hierro oxidado, y el coche patrulla que había junto al bordillo, con dos agentes uniformados dentro. Andy dejó el Crown Victoria, color gris estándar y fue andando hasta el vehículo blanco y negro al tiempo que agitaba el carné profesional hacia los dos jóvenes policías.

Ellos salieron del coche y se estiraron para desentumecerse.

—Agente especial Andrew Gray, FBI —dijo, mientras entregaba la

funda de cuero con la placa y el carné profesional—. Necesito examinar de cerca la escena del crimen, oficial Ybarra.

Ybarra comprobó los documentos de Andy, y luego le dedicó una ancha sonrisa. Tenía los dientes blancos y regulares, realzados por su oscura piel olivácea. Su compañera, una mujer llamada Coggins, era casi treinta centímetros más baja que él, pero sólida. Mantuvo los labios apretados en una fina línea mientras le entregaba un portapapeles. Andy añadió su firma a la lista de los que habían estado antes allí.

—Los CSI han estado aquí durante toda la noche —le dijo Ybarra—, pero se han marchado ya, así que supongo que es toda suya.

Así que era un novato. Los polis de Los Ángeles nunca se habían referido como CSI* a los criminalistas que examinaban la escena del crimen hasta que comenzaron a emitirse las series de televisión. Había demasiados especialistas: médicos forenses, expertos en huellas dactilares, antropólogos forenses, fotógrafos, los encargados de analizar rastros y pruebas. Un poli con más experiencia seguramente habría dicho: «Los CSIU ya han pasado.» La unidad de investigación de la escena del crimen cubría todos los niveles, y los polis —enfrentados siempre a los abogados defensores, que se cogían a cualquier clavo ardiendo que se les ofreciera— debían aprender a hablar con precisión. Andy calculaba que, de hecho, la CSIU** había pasado toda la noche allí, con la posible excepción del médico forense, ya que ellos sólo aparecían cuando había cadáveres.

La cuestión era que Andy estaba bastante seguro de que en esa habitación de hotel había habido el cuerpo de un muerto.

Todo el problema residía en el hecho de que nadie supiera que el cuerpo estaba muerto.

Se apartó de los polis para abarcar con la mirada la escena del crimen, intentando verla como era en ese momento, intentando olvidar lo que le habían contado sobre los acontecimientos de la noche anterior. Y lo que había visto al llegar a la oficina de Los Ángeles.

Jacob Paul Norris. Compañero de Andy. Muerto ambulante.

La ciencia del examen de la escena del crimen había sido inventada por el FBI en su práctica totalidad. Recordaba lo que había aprendido

* C.S.I., «Crime Scene Investigation». (*N. de la t.*)

** C.S.I.U., «Crime Scene Investigation Unit». (*N. de la t.*)

en Quantico, que abordar una escena del crimen con ideas preconcebidas te cegaba a la realidad de la situación. Andy Gray vació la mente y abrió los sentidos.

El hedor de la contaminación del tráfico de Sunset en hora punta.

Cristales en la superficie de la zona de aparcamiento destellando en la luz matinal. Algunos teñidos de rojo.

Sangre, charcos de ella, casi negra sobre el macadán. Más sangre que había salpicado las paredes estucadas de color amarillo pálido.

Pequeños charcos de alguna otra cosa en la acera que corría por delante de las habitaciones. El carrito de una de las camareras había sido pillado en medio del fuego cruzado. Era probable que los charcos fueran de champú, limpiadores, disolventes, algo parecido. Los del laboratorio se lo confirmarían.

Trozos saltados del estuco. Agujeros de bala. Al menos un centenar, calculó.

Las ventanas de la habitación del motel destrozadas. Cortinas meciéndose suavemente en la brisa que también agitaba el precinto de la escena del crimen, haciendo un ruido como el que haría la carta de una baraja metida entre los rayos de la bicicleta de un niño.

Otro olor, metálico, por debajo del propio de los tubos de escape. Cobre. Sangre.

Y un tercero, aún más débil, que le era familiar. Andy buscó en la memoria y lo encontró.

Carne podrida.

Sin moverse del sitio, Andy giró sobre sí mismo con lentitud para examinar el entorno. Un muro de bloques de hormigón al fondo de la zona de aparcamiento, que formaba parte de la tienda de licores. Sunset Boulevard, donde había coches que ralentizaban su marcha para que sus ocupantes pudieran mirar, boquiabiertos, el motel destrozado. Como si el tráfico no fastidiara ya lo bastante. Al otro lado de la calle, un salón de tatuajes, luego un bar de moda, luego el hotel Standard con el cartel puesto cabeza abajo. Muy mono.

Andy vivía en Sacramento, con su esposa y sus dos hijas, pero había pasado tanto tiempo en Los Ángeles que comenzaba a odiar la ciudad como sólo podía hacerlo un nativo.

Apenas unos días antes, el precinto amarillo también había estado en torno al Standard, pero los propietarios del hotel tenían mucha más

influencia en la ciudad que la familia pakistaní propietaria del motel tan inteligentemente bautizado como Slumber.* En el Standard había sido asesinada una mujer. De un disparo. Y eso ni siquiera había merecido el titular de la edición vespertina. Una tal Olemaun se había registrado en la habitación contigua a la de la muerta, pero había desaparecido. Oficialmente era una «persona de interés» para el Departamento de Policía de Los Ángeles. También lo había sido para la Agencia.

Andy se encogió de hombros. Ya había pasado bastante tiempo ahí fuera. Pediría copias de todos los informes de la CSIU y con ellos rellenaría lo que le faltaba. Era hora de ir a mirar lo que realmente lo había llevado allí.

La habitación de Paul.

Volvió al Crown Victoria. De un maletín que llevaba en el maletero sacó fundas de plástico para calzado, se las puso por encima de los zapatos y se las ató en torno a los tobillos. Los de la CSIU ya habían tomado fotografías, hecho mediciones y recogido muestras. Así que no le preocupaba el principio de intercambio de Locard.** Andy no iba a contaminar la escena del crimen por ir a echar un vistazo, pero si las historias que había oído eran ciertas, no tenía ningún interés en contaminarse los zapatos por caminar dentro de la habitación sin habérselos protegido. Por esa misma razón se puso guantes de látex. El traje oscuro era de confección, de JC Penney, y si se lo ensuciaba, podría pagarse la tintorería. Pero los zapatos eran unos Bally, regalo de su mujer. No se trataba de unos zapatos baratos, no con relación a su sueldo.

Así pertrechado, atravesó el aparcamiento hasta la puerta de la habitación número 7. Estaba cerrada pero no con llave. Giró el pomo y empujó.

Aunque la ventana que daba al aparcamiento había estallado, el aire limpio aún no había eliminado el hedor de dentro. Era de allí de donde procedía el olor a carne, y una gran parte de la sangre. Daba la impresión de que Paul había tenido la profesión de carnicero como segundo empleo, y establecido su propio matadero en aquella habitación.

Había sangre por todos los rincones. Una parte de ella era fresca, aún líquida, y otra era marrón y estaba encostrada, como si llevara días allí.

* «Sueño profundo» en inglés. (*N. de la t.*)

** Criminólogo forense francés (1877-1968), que enunció la teoría según la cual cada contacto deja un rastro. (*N. de la t.*)

Salpicaduras en las paredes, los cuadros y espejos; manchas de goteo sobre la moqueta de un gris horrible y sobre la colcha de la cama que alguna vez había sido blanca. Charcos que se secaban sobre el chapado de melamina de la cómoda y de la pequeña mesa.

Continuó y entró en el cuarto de baño. Un lavabo con un espejo encima, una taza de váter, una bañera con ducha, y una pequeña ventana de cristal opaco que probablemente daba al callejón. Un toallero del que habían colgado toallas blancas baratas de hotel. Los de la CSIU se las habían llevado. Allí dentro Andy vio puntos en los que habían recogido muestras de sangre, pero quedaba muchísima. Si hubiera tenido que adivinar, y a Andy Gray* no le gustaba adivinar, habría dicho que se habían producido múltiples muertes violentas en aquella pequeña y húmeda habitación.

El espejo estaba recubierto por una fina película roja, como si alguien hubiera realizado un débil intento de limpiarle la sangre. A través de ese velo rojo, Andy vio a un hombre tan insulso como su apellido. Bajo, de pelo entrecano, piel amarillenta; el aspecto de un hombre que ha pasado demasiado tiempo en interiores o a oscuras. No quería examinarse a sí mismo durante más tiempo, y apartó la mirada.

En el lavabo parecía que un pintor hubiera estado lavando los pinceles; un pintor monocromático, en realidad. Período rojo de Paul. Incluso —Andy sintió que se le rebelaba el estómago y luchó por retener el desayuno de cafetería— los costados de la taza del váter estaban recubiertos de sangre. Las desportilladuras que tenía la porcelana mostraban también fragmentos de hueso.

¡Dios santo!, ¿qué había sucedido allí?

Vio algo sobre el suelo embaldosado. Andy se inclinó, temeroso de arrodillarse en aquel sitio. Sacó un bolígrafo del bolsillo y lo usó para mover el diminuto objeto. Un poco de pelo. Examinó con atención el resto del suelo sin levantarse. Un diente muy pequeño en una mancha de sangre, algo más que podría haber pertenecido al exoesqueleto de una cucaracha. Le habían dicho que, de hecho, habían recogido trozos de animales del lugar, como ratas, insectos, lagartos. Todos ellos destripados y arrojados a un lado.

Todos exangües.

* «Gris» en inglés. (*N. de la t.*)

Andy volvió a ponerse de pie, pero con demasiada rapidez. La habitación pareció ladearse y tuvo que sujetarse al borde del lavabo. «Gracias a Dios por los guantes de látex», pensó. ¿Habría alguna ducha lo bastante larga y lo bastante caliente como para limpiarlo bien, después de aquello? Era el tópico más viejo del manual, pero Andy jamás se habituaba a ver escenas como aquella. Se preocuparía el día en que dejara de hacersele un nudo en el estómago.

Tenía que salir de allí. Sentía los poros obstruidos de suciedad, la nariz taponada de sangre. Notaba su sabor en la boca. Sabía que los especialistas de pruebas se habían llevado todos los objetos personales de Paul, como ropa, ordenador portátil, maletín, cualquier nota que hubiera podido tomar. La policía de la localidad odiaba que se presentara el FBI a exigir que le entregaran las pruebas que habían recogido; los expedientes del caso. No se lo reprochaba en lo más mínimo, pero él también lo había hecho y volvería a hacerlo ese mismo día. Ellos no sabían qué tenían delante de los ojos, no tenían nada que les indicara cuál era el cuadro general, y no podía permitirse que lo supieran. El subdirector a cargo del Departamento de Los Ángeles había dejado eso sobradamente claro.

Así que Andy complementarían el recorrido con todo lo que había recogido la división de Hollywood del Departamento de Policía de Los Ángeles, y al mismo tiempo se ganaría la enemistad de los polis de Hollywood. Confirmando la reputación de los agentes del FBI como gilipollas duros a los que no les importaban los polis que patrullaban las calles. Andy no era realmente así, pero no podía hacer nada para cambiarlo.

Una vez fuera, se quitó los guantes y las fundas para el calzado, lo envolvió todo junto y lo echó en uno de los cubos de basura del exterior del motel. Se sintió mal por el próximo sin techo que rebuscaría en el cubo, pero no lo bastante mal como para estar dispuesto a llevarse el material. Cuanto antes pudiera dejarlo todo atrás, más a gusto estaría.

Sabía que no lo conseguiría en ningún momento del futuro próximo.

Aún tenía que encontrar a Paul. Pero al menos ya tenía una idea más aproximada de lo que estaba buscando.

Paul nunca había usado la palabra abiertamente para describirse a sí mismo. Pero él y Andy habían estado ocupados en el caso de Stella

Olemaun durante el tiempo suficiente como para saber qué palabra era. La que Olemaun afirmaba que era, en cualquier caso, aunque Andy nunca había estado dispuesto a aceptar su terminología.

Paul, sólo por ser quien era, había preferido la expresión «jodidos chupasangres». Para Stella Olemaun, un poco más refinada —¿y quién no lo era, comparado con Paul Norris?—, la palabra era... no.

«Ni hablar. Ni siquiera puedo pensar en ello, porque me volvería loco.»

El agente especial Andrew Gray no creía en nada parecido.

Puede que algunos de sus colegas tuvieran la mente más abierta, pero por lo que a Andy respectaba, «Creature Features» habían dejado de emitirlo por televisión hacía mucho tiempo, y punto. La vida no estaba hecha de máscaras de goma, historias de fantasmas para fuegos de campamento y cines de iluminación mortecina; todo eso era producto de la imaginación hiperactiva de alguien. ¡Incluso detestaba llevar a las niñas a ver a Santa Claus, por el amor de Dios!

«Sí, sí... Aparte de los pirados corrientes, sólo son zarandajas los muertos de Bela Lugosi, los de Herman Munster en “Nick at Nite”, y todo lo demás», había pensado hacía mucho tiempo.

Pero... eso había sido antes de que viera a Paul la noche anterior en la oficina de la delegación del FBI.

Habían sido compañeros durante años. Paul era un montón de cosas, muchas de ellas desagradables, pero nunca había sido esa... esa cosa con la que Andy había hablado la noche anterior.

De un modo innegable y horrendo, había cambiado.

Evocar el encuentro hizo que a Andy se le revolviere el estómago y se sintiera confundido. Asustado. Pero tenía que hacerlo. Tenía que rellenar todos los huecos con la lógica y la razón, o nunca descansaría. Así era Andy. Todo tenía que encajar en alguna parte, con una etiqueta y una definición clara. Andy Gray no tenía espacio en su cerebro lógico para nada que pudiera catalogarse como sobrenatural... o contrario a lo natural.

Saludó con una mano a los polis Ybarra y Coggins, puso en marcha el motor del Crown Victoria, bajó la palanca de los intermitentes, y se incorporó al frenético tráfico de Sunset. No estaba muy lejos del parque Runyon Canyon. Podría olvidarse de los pastilleros, contemplar algunas zonas de hierba real y árboles auténticos, imaginar, por un momento,

que estaba muy lejos de la ciudad. Precisaba eso ahora mismo, necesitaba sentir la tierra bajo los zapatos, y oír cantos de pájaros que no fueran palomas, además de un atisbo de cielo azul en algún lugar de la opresiva contaminación atmosférica de Los Ángeles. Necesitaba cosas que fueran reales. ¡Por Cristo, se conformaría con cualquier cosa que estuviera a este lado de la pesadilla!

Lo que de verdad necesitaba era un abrazo de Mónica y la risa de sus hijas, Sara y Lisa, pero estaba demasiado contaminado hasta para hablar con ellas. De momento, tendría que bastarle con el parque.

Como si eso pudiera lograr, de algún modo, disipar el pánico que estaba enconándose en su interior, el tipo de pánico que inundaría su mundo, se apoderaría de él cuando se estuviera ahogando en la gélida oscuridad que crecía dentro de su cabeza.

Una y otra vez, se repetía sin cesar:

«Esto no está pasando.»

«Esto no está pasando.»

«Esto no está pasando.»